

Título:**Marcha atópica.****Autor:****Alegría.**

Mi nombre, para lo que les quiero contar, resulta del todo irrelevante, así que pueden llamarme Alegría, que es como me llamaba mi madre cada vez que me volvían a diagnosticar y yo respondía a las malas noticias con una sonrisa. Lo cierto es que nunca he sabido cuál era el origen de mis alergias, y no me refiero a qué era lo que las causaba, sino a la razón, al motivo, al porqué, y sobre todo, al por qué a mí. Creo que a la tercera o a la cuarta alergia ya dejé de preguntármelo, pero es una cuestión que siempre ha estado ahí y que mi madre todavía se repite en voz alta de vez en cuando, y con los brazos alzados y los ojos casi en blanco, clamando al cielo le pregunta al Señor (con mayúscula) qué ha hecho ella (aunque imagino que se refiere a mí, su hija) para que a su niña le sacuda la desgracia en las múltiples y desagradables formas en que puede manifestarse una alergia. Y yo sigo respondiendo igual, me limito a sonreír y a comentar una menos para el récord, o cosas por el estilo, lo cual a ella le sienta regular, porque inmediatamente regresa de su éxtasis y me mira enfurecida, y dice eso, tú ríete, ¡hay que ver con la alegría!, y se va su cuarto y cierra dando un portazo. No es para tanto, mi madre es una exagerada.

Simplemente no entiendo la vida sin mis compañeras internas. Pienso que se manifiestan con el mismo ímpetu con que lo hacen los sentimientos en mí y en el resto de las personas, sólo que ellas, mis alergias responden a la llamada de unos sentimientos que yo desconozco y que tienen su naturaleza en algo más profundo y misterioso, ¿entienden? Surgen sobre mi piel o en mi interior porque algo en la naturaleza hace que se manifiesten así también dentro de mí, algo poderoso y fascinante que me une directamente con el origen de la vida.

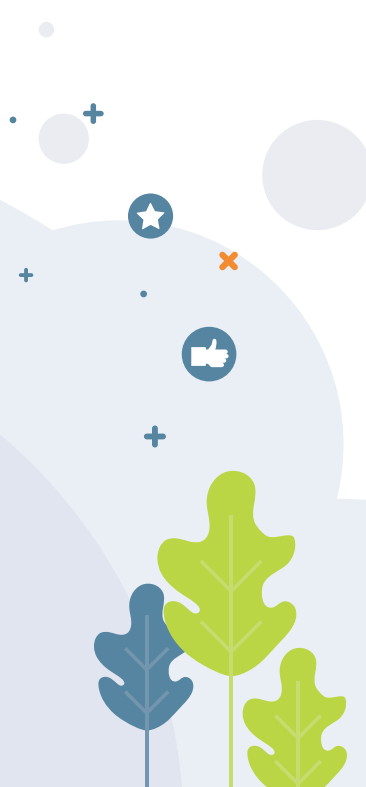


Yo soy especial porque mi cuerpo muestra reacciones espectaculares (y un poco antiestéticas también, no se lo voy a negar) a unas causas que hasta los más reputados alergólogos desconocen. De esa manera, distinguiendo entre las preguntas que los médicos sí pueden responder y las que requieren exclusivamente de mi imaginación para ser explicadas he ido conformando el mapa de mi frágil existencia con muchas menos complicaciones que la mayoría de la gente. Mi debilidad me ha enseñado el camino a seguir, y lo ha hecho sin complacencia pero también de manera encantadora.

Me explico, les pongo un ejemplo: cuando a los dos años me empezaron a salir eccemas por todo el cuerpo, unas heridas lineales en las flexuras de mi cuerpo que me hacían parecer una cebra rara, ellas se convirtieron en mis primeras compañeras numerales, y con ellas aprendí a contar. Cada día me repasaba todo el cuerpo con mi madre, y juntas contábamos las que salían nuevas y las que desaparecían. Así aprendí también a sumar y a restar, ¿qué les parece? Dermatitis atópica, lo llamaron, y cuando pude entender me explicaron, atópica, es decir, sin lugar, desubicada, como yo en el mundo, mis eccemas y yo, y por lo tanto también singular, también única.

Me estaban diciendo no sólo que yo era única en el mundo, sino que además era, por diagnóstico, ¡más única aún que el resto! Si eso no es motivo para la alegría, que venga San Corticoide y me lo diga. Los picores eran a veces difíciles de sobrellevar, y cuando me despertaba por la noche rascándome me costaba mucho volver a dormirme, pero lo acababa consiguiendo, y luego soñaba con otras cosas que no tenían nada que ver con la dermatitis.

Cuando empecé el colegio los demás niños no podían dejar de mirarme. Desde el primer día, y con ello quiero decir desde la primerísima hora, me fueron siguiendo por la clase con sus ojos abiertos de par en par, señalándome con sus miradas (algunos hasta con el dedo), intentando entender qué me pasaba en los brazos y en las piernas, porque nunca no habían visto, claro, nada igual. La mayoría de los niños no recuerda su primer día de clase, salvo en algunas imágenes sueltas, y ya cuando se van haciendo mayores van dejando que desaparezcan hasta esas pocas imágenes fundamentales, pero yo lo recuerdo todo perfectamente. ¿Cómo podría olvidarme? Fui presentada a la clase como la niña que era, con sus circunstancias especiales, y yo ofrecí mi más amplia sonrisa para que la vieran bien, y para que nos pusiéramos cuanto antes a aprender y a hacer cosas, que era para lo que estábamos allí. Mi madre había insistido en acompañarme, pero ya en la puerta de la clase le dije que no se preocupara, que me dejara entrar sola, que nos veríamos cuando se acabara el día. Todavía pude oírle murmurar mientras se alejaba por el pasillo esta niña es de lo que no hay... como les decía, una exagerada.

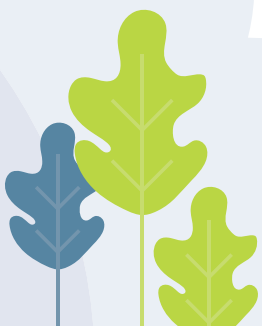


Pronto todos se acostumbraron a mí y a mis eccemas, y en seguida hice un buen grupo de amigos y amigas. Las clases me encantaban y la maestra me tenía como una de las mejores de la clase. Aprendíamos y nos divertíamos tanto que a veces nos daban ataques de risa y entonces las heridas me picaban más y yo no podía parar de rascarme, lo cual hacía que nos riéramos más aún. Pero hubo una ocasión, en el comedor del colegio, en que las cosas se complicaron un poco. Estábamos comiendo tranquilamente bajo la supervisión del encargado, que era un poco gruñón, cuando fui a probar mi orondo y anaranjado melocotón, y entonces empecé a estornudar. Como ya lo había mordido, me dio la risa, y casi me atraganto, y entonces empezó a faltarme el aire y no entendía por qué, y mis amigos se asustaron. Llamaron al encargado y cuando llegó, yo ya notaba mi garganta inflamada, y sentía que el aire no llegaba, y entonces (según me contaron después) me empecé a poner roja, y hasta un poco morada. El mismo encargado gruñón me cogió en brazos, me sacó de allí, me metió en su coche y me llevó volando al hospital. Lo último que recuerdo es que me decía *no te preocupes, Alegría, no va a pasar nada, vas a estar bien*, y que yo pensé que aquel hombre mayor en realidad no era tan gruñón, y que además podía conducir a la velocidad de la luz.

Cuando me desperté estaba en la cama de un hospital y mi madre estaba a mi lado. Me explicaron que había sufrido un shock anafiláctico, producido por aquel precioso y succulento melocotón. Me hicieron pruebas y unas semanas más tarde me comunicaron que había desarrollado una alergia alimentaria a esa fruta y a otras de la misma familia.

La familia de las frutas rosáceas. Me encantó el nombre. Y ya cuando leí en el informe los nombres en latín de las frutas que no podía comer, casi me da otro ataque de risa: *pyrus pyrifolia*, *malus domestica*, *fragaria ananassa*, *prunus avium*; ¡sobre todo *prunus persica*! Mi madre no entendía que me hiciera tanta gracia, y la verdad es que yo tampoco, pero lo cierto es que me la hacía, y al final incluso la doctora acabó riéndose conmigo. Era, por cierto, una doctora encantadora, tenía una voz muy agradable, se veía inmediatamente lo inteligente que era y me lo explicó todo con mucha calma hasta que lo entendí todo correctamente, sobre todo el alcance y la repercusión de mi nueva compañera. No me trató como a una niña pequeña, sino con dulce seriedad. Me causó una profunda impresión, y recuerdo haber pensado ya en ese momento que de mayor me gustaría ser médica, como ella.

Con el tiempo, los eccemas desaparecieron pero a cambio se amplió el espectro de las alergias alimentarias. Eso tampoco me importó, porque entendí que mi organismo era tan especial que sólo unos cuantos alimentos, los mejores, podían pasar por él sin que se dañara. En las fiestas de cumpleaños de mis amigos, sus familiares siempre preparaban un menú especial para mí, porque ni se les pasaba por la cabeza que yo me perdiera esas ocasiones tan señaladas, en las que todos lo pasábamos en grande.



En una de aquellas celebraciones, empezó a llover en el parque y acabamos saltando en los charcos bajo la lluvia y casi todos nos pusimos malos. Mi caso volvió a ser exclusivo, porque cuando me recetaron el antibiótico, ¡resultó que también era alérgica a la amoxicilina! Me salieron ronchas por todo el cuerpo, pero como ya estaba familiarizada con las erupciones, supe lidiar con el picor y las molestias, y en seguida estuve perfectamente. Como no podía ser de otra manera, yo me desmarcaba del resto. Una vez más, era especial.

Ya en la adolescencia me diagnosticaron la que hasta la fecha es mi última alergia (aunque habrá más, estoy segura). Un soleado lunes de primavera estaba paseando por el parque con un amigo y, de repente, de la nada, empecé a estornudar compulsivamente y los ojos me empezaron a picar tanto que de rascármelos me quemaban, y además me costaba respirar. Mi amigo me acompañó corriendo a casa y mi madre, al verme con la cara hinchada y moqueando como un grifo abierto, me recibió con un halo de resignación beatífica que hizo que no pudiera contener una carcajada, pese al poco aire de que disponía.

Al reírme yo, mi amigo también río, y sin dejar de tomar las medidas protocolarias (coche, hospital, pruebas), y pese a lo mucho que le costaba ponerse de buen humor en esas situaciones, mi madre acabó riéndose también. Creo que debo tener una risa muy contagiosa. ¿Diagnóstico? Alergia a las gramíneas y asma. Cuando oí asma me quedé petrificada ... mi madre se puso más seria de lo habitual y me preguntó qué me pasaba.

Yo estaba deduciendo. Miré a la doctora y le pregunté ¿Cuánto tiempo tardaré en estar bien para ir a clase? A lo que ella contestó que una semana, más o menos. Volví la mirada hacia mi madre, empecé a dibujar mi mejor sonrisa, me levanté, alcé los brazos y grité ¡Eso significa que no tengo que hacer la prueba de Educación Física el viernes! Y con las mismas me puse a cantar. Mi madre miraba a la doctora con cara de “¿Usted cree que esto es normal?“, mientras la doctora le devolvía la mirada, alegre y cómplice.

Este ha sido un brevísimo resumen de varios acontecimientos que han marcado mi vida. Obviamente, he tenido días grises y momentos muy oscuros. He dudado, he sufrido, y también he llorado. Pero nunca, nunca he considerado que el mundo o el destino me la tuviesen jurada. Y de gestionar esa parte más triste ya me encargo yo, no quería cargarles a ustedes con ella. Mi vida son pequeñas etapas, con márgenes cada vez mejor dibujados que me han ido indicando el camino que debía transitar, y que yo transito a diario, absolutamente convencida de que soy una persona afortunada, capaz de ver el lado más luminoso de las cosas y de respetar y admirar los misterios que hay ocultos en la naturaleza. La mía es una marcha atópica pero firme y segura, ¡y qué le voy a hacer si me va la marcha! Ésa soy yo, podéis llamarme Alegría.

